
Maximiliano íntimo

*José Manuel Villalpando César**

Gracias al apoyo de Enrique Krauze y de Fausto Zerón Medina, la Editorial Clío publicará en octubre próximo mi libro *Maximiliano*. Este libro me ha permitido concluir una estrecha relación con el emperador de México, que se inició hace 17 años, y del que han sido producto intermedio dos obras más, una sobre el *Sistema Jurídico del Segundo Imperio Mexicano*, en 1981, y la otra, titulada *Maximiliano frente a sus jueces*, en 1993.

Estoy convencido de que no se trata de una biografía más de Maximiliano. Apoyándome en largos años de estudio, entusiasmado por la investigaciones realizadas, y sobre todo por los hallazgos obtenidos, y animado por amigos como Jaime del Arrenal, escribí este libro. ¿En qué consiste la novedad? En las fuentes utilizadas, tanto las inéditas como las ya conocidas, en su combinación y en su interpretación o reinterpretación. Quiero decir unas palabras sobre esto.

Naturalmente, la obra básica para todo estudio sobre Maximiliano, lo es el trabajo de Egon Caesar Conte Corti, quien consultó los Archivos del Estado, en Viena, y pudo transcribir una buena cantidad de documentos pertenecientes a la correspondencia personal del emperador de México, ganando así Conte Corti el carácter de biógrafo "casi oficial" del personaje. Pero he seguido el consejo de mi

* Avance del libro titulado: *Maximiliano*, que Editorial Clío, publicará en octubre.

maestro, el doctor Juan Ortega y Medina, quien insistía en la importancia de que los historiadores mexicanos examinaran con cuidado los estudios de Conte Corti para “confirmar sus aciertos, rectificar algunos juicios o rescatar lo que dejó intencionalmente en el olvido”. Eso es lo que he intentado hacer en este libro.

Para ello, mi trabajo de investigación se fundamenta en cinco grupos distintos de fuentes —Conte Corti sólo pudo conocer el primero y parcialmente el cuarto—, divididos según estos criterios:

1. La conocida y abundante bibliografía tradicional sobre el tema, cuyo manejo es indispensable para todo intento de analizar la figura de Maximiliano. Incluyo en ella los informes diplomáticos y militares franceses de la época, poco explotados por los historiadores.
2. Ciertos estudios especializados europeos, publicados recientemente en el puerto de Trieste, y que se ocupan del castillo de Miramar, de la marina austriaca y de la correspondencia entre Maximiliano y Carlota, todos ellos desconocidos hasta ahora en la historiografía mexicana del tema.
3. Los modernos trabajos de investigación y reflexión sobre el Segundo Imperio Mexicano, que proponen una nueva interpretación de este episodio histórico. Me refiero a los estudios de Patricia Galeana de Valadés, Jaime del Arrenal Fenochio, Érika Pani, y a los que yo mismo he emprendido con anterioridad, además de algunos extranjeros, como los de Brigitte Hamann y Konrad Ratz.
4. Las trascendentales contribuciones a la historiografía documental de este tema, realizadas por Luis Weckmann y José Iturriaga, quienes al publicar los archivos y la correspondencia de Carlota, han permitido dar, desde el punto de vista del pensamiento de la emperatriz, una nueva interpretación a la historia de la pareja imperial y a su sueño mexicano.
5. Finalmente, por encargo de Enrique Krauze y de Fausto Zerón Medina, dirigí una investigación en los recién abiertos Archivos del Palacio Real de Bruselas, de donde ha sido posible obtener, ya en documentos, ya en publicaciones, novedosas noticias sobre Carlota y su vida, que literalmente revolucionan la imagen que hasta ahora se tenía de Maximiliano, y que constituyen la base de algunas de las propuestas de este libro. Los fondos conservados en Bélgica que aún no han sido abiertos a consulta, como la correspondencia entre Carlota y su padre el rey Leopoldo, auguran hallazgos más importantes inclusive.

Con la combinación de todas estas fuentes he intentado recrear la biografía de Maximiliano desde una perspectiva diferente a la comúnmente empleada para explicar su actuación histórica. Como adelanto, y atendiendo la amable invitación

de la doctora Patricia Galeana, quiero dar a ustedes un avance de mi libro. Elegí para ello textos que describen la vida privada, la amorosa, en realidad, de Maximiliano.

* * *

Las mujeres fueron parte esencial en la vida de Maximiliano. Comenzando por la archiduquesa Sofía, su madre, quien llevó su cariño materno y su dominio sobre sus hijos, al extremo de ser ella la que se hizo cargo de su educación sexual. Mujer práctica, con un hijo que a los dieciocho años era ya emperador de Austria, y otros dos, Maximiliano de dieciséis y Carlos Luis de quince, percibió claramente que no sólo eran partidos inmejorables para muchas princesas, sino también antojables donceles para muchas damas sin escrúpulos. La historia de las casas reales, sin duda conocida por Sofía, enseñaba que uno de los recursos más usados para obtener de los soberanos desde los favores más ridículos hasta importantes decisiones políticas, lo era el de las mujeres. Bastaba con introducir las en las alcobas reales para que éstas hicieran su trabajo, con la anuencia tácita o expresa de los monarcas que nunca eran capaces de oponerse a tan delicioso festín. Sofía, astutamente, y dada la inexperiencia natural de sus jóvenes hijos, decidió ser ella la responsable de su iniciación sexual, y seguramente, de dirigir, encauzar y hacer progresar la experiencia de sus imperiales vástagos. Organizó para ello discretas reuniones de sus hijos con “baronesas de buena salud”, o “condesas higiénicas” como las llama otra fuente, que bien supervisadas por Sofía, les enseñaron lo necesario. Los muchachos se mostraban “llenos de entusiasmo en sus visitas a aquellas jóvenes de la nobleza”.

* * *

El gran amor de Maximiliano fue la princesa María Amelia de Braganza, hija del difunto don Pedro, emperador del Brasil. La conoció cuando visitó Lisboa a mediados de 1852. Maximiliano dijo de ella en su *Diario* que era una “princesa distinguida, cumplida como no se ven muchas”. Bajo el cielo de Portugal nació el idilio, y “el archiduque se declara”, dicen poéticamente Suzanne Desternes y Henriette Chandet. “La joven corresponde a su amor. Ambos deciden desposarse secretamente”. La madre de ella, la emperatriz viuda del Brasil, estaba en el secreto y dio su consentimiento. A su retorno a Viena, según André Castelot, un feliz Maximiliano obtiene de Francisco José y de Sofía la autorización para casarse con María Amelia, pues “si este matrimonio no es muy brillante a los ojos de la familia imperial, a lo menos María Amelia es una princesa auténtica”. La fecha de la boda se fija para el siguiente año de 1853, pero el día de la boda nunca llegó. María

Amelia, enferma de tuberculosis, fue enviada a Madeira a pasar el invierno y a tratar de restablecerse. Murió “del pecho” el 14 de febrero de 1853. Años después, Maximiliano la seguía llorando. En 1859, de visita en Funchal, en las Madeira, escribió en su *Diario* que María Amelia era una “criatura perfecta que dejó este mundo ingrato, como un ángel puro de luz, para volver al cielo, su verdadera patria”. Luego, visitó la casa donde ella había muerto, el lugar “donde el ángel amargamente llorado dejó la tierra y permanecí por largo tiempo abismado en pensamientos de tristeza y de duelo”. Lo peor de estas palabras es que las pronunció y escribió durante ese viaje en el que iba acompañado, precisamente, por Carlota, su esposa.

Los biógrafos de Maximiliano no han reparado lo suficiente en la importancia que María Amelia tuvo para él. Maximiliano escribió que estaba seguro que la vida de María Amelia “aseguraría alguna vez la tranquila felicidad de la mía”, y sus palabras las publicaba estando ya casado con Carlota. María Amelia fue su verdadero y único amor, pero conociendo un poco al archiduque, podemos quizá suponer que la amaba, y la amó hasta el fin de sus días, por la comodidad que da el amar a una muerta: no causa molestia alguna y permanece siempre ideal. Un dato revelador que demuestra que Maximiliano nunca la olvidó y que hasta los últimos momentos de su existencia pensó en ella, es la carta que envió a la archiduquesa Sofía, en junio de 1867, a punto de ser ejecutado: “...un amigo le llevará, querida mamá, junto con estas últimas líneas, el anillo que usé diariamente, con el cabello de la bienaventurada Amelia de Braganza, como recuerdo para usted...” ¿Un anillo que usaba “diariamente”? ¿Con el “cabello de la bienaventurada Amelia”? ¿Qué habrá pensado Carlota de todo esto?

* * *

En la primavera de 1856, Maximiliano pensó que debía casarse. En su calidad de segundón de la familia imperial austriaca, Max dependía para vivir de la pensión que, en su condición de archiduque, buenamente le concediera su hermano el emperador, además de que contaba con su sueldo de vicealmirante de la marina de guerra. Los ingresos por ambos conceptos no eran nada despreciables, pero no eran lo suficientemente elevados como para cubrir las necesidades de Maximiliano ni sostener el tren de vida que se había propuesto alcanzar. En la primavera de 1856, Maximiliano necesitaba dinero, necesitaba mucho dinero.

Y esta no es una afirmación gratuita. Una serie de hechos que ninguno de los biógrafos de Maximiliano ha tomado en cuenta, o que probablemente no conocieron, permite afirmar que el archiduque estaba urgido de dinero en ese momento, que coincide con el viaje que realizará a Bélgica. Conoce a Carlota a mediados de ese mismo año, y al siguiente, después de desgastantes y enojosas

negociaciones pecuniarias, se casa con ella y resuelve el problema económico que enfrentaba, o más bien, obtiene el dinero que necesitaba. Recientes hallazgos documentales, propios y ajenos, así como la reinterpretación de datos ya conocidos a la luz de esta nueva información, permiten afirmar, con alto grado de certeza, que Maximiliano se casó con Carlota por interés.

Para ir en orden, primeramente debe decirse que al momento en que Maximiliano emprende el viaje a Bélgica, está seriamente comprometido económicamente. El día 28 de marzo de 1856, autorizó la suscripción de un contrato firmado en su nombre para iniciar los trabajos de construcción del que será, con los años, el castillo de Miramar. Ese día, el conde Von Hadig, apoderado de Maximiliano acordó con los empresarios Francisco de Gossleth y Antonio Hauser, el inicio de las obras del castillo, según los planos del arquitecto Carlos Junker. En el contrato se estipuló que las obras concluirían dos años después, en marzo de 1858. Se acordó, además, que el costo de la obra sería de 280 mil florines, cantidad que el archiduque no tenía. Para agravar más la situación, las frecuentes modificaciones arquitectónicas, añadidos de ornamentos, adquisición de muebles, estatuas, fuentes, y demás objetos suntuarios, todo ello ordenado por el propio Maximiliano, modificaron considerablemente el presupuesto acordado. Para diciembre de 1858, el costo real ascendió a 300 mil florines por la obra negra, y 600 mil por los acabados. ¿Cómo se financió tan costosa construcción? Con el dinero que le dio el rey Leopoldo I de Bélgica, por haberse casado con su hija Carlota.

Carlota tenía dieciséis años cuando conoció a Maximiliano a fines de mayo de 1856. El archiduque, a punto de cumplir los veinticuatro, llegaba a Bruselas con una finalidad clara: conseguir esposa. Para ello, el gobierno austriaco le organizó una gira por varios pequeños países europeos donde existían princesas casaderas, para que el joven hermano del emperador las conociera, eligiera, y se hicieran las respectivas negociaciones. Como era ya simplemente el "segundón", no se pensó siquiera en las grandes casas reales de Europa para que Maximiliano encontrara a su futura consorte. Así, solamente visitaría tres pequeños reinos: Bélgica, los Países Bajos y Hannover. Naturalmente, el verdadero objetivo del viaje tenía el carácter de confidencial, pues no se decía abiertamente la finalidad ni el interés del archiduque pero, con el lenguaje diplomático de los valores entendidos, en los tres países se aceptó su visita y las jóvenes princesas se prepararon para recibir al hermano del emperador de Austria, que si bien no sería un monarca jamás, sí en cambio era un Habsburgo y pertenecía a uno de los imperios más importantes del momento, con el cual, cualquiera de los tres reinos, desearía establecer alianzas matrimoniales.

Carlota se ilusionó con la llegada de Maximiliano. Para ese momento había ya rechazado la petición matrimonial que le hiciera el príncipe Jorge de Sajonia, y

estaba pendiente su resolución respecto de la solicitud que hiciera, en el mismo sentido, Pedro V, rey de Portugal. Maximiliano deslumbró a Carlota, quien quedó perdidamente enamorada de él. Escribió que el archiduque era “encantador bajo todos los aspectos. Físicamente me parece hermoso y moralmente no puede desearse más”. Maximiliano, por su parte, guardó profundo silencio. No dijo ni una palabra y, calculador, prefirió seguir su viaje y conocer a las princesas de Holanda y de Hannover. Un poco contrariado por no haber dejado nada en claro, el rey Leopoldo informó a su sobrina, Victoria de Inglaterra, que Maximiliano dio “por terminada su visita sin dejar entrever los propósitos que algunos le atribuían con respecto a mi hija Carlota. Ni lo lamento ni me preocupa. Creo que ya me habría olvidado hasta de la existencia de este joven príncipe, a no ser porque veo en mi hija algo que me apena y me conmueve. Carlota es una joven impresionable y parece haberse enamorado del Habsburgo con novelesco frenesí”. Así pues, para cumplir el capricho de su hija, Leopoldo se decidió a actuar primero. Era importante apresurarse, porque alguna otra princesa podría ganarles a Maximiliano.

En Viena, Maximiliano evaluaba los resultados de su viaje cuando recibió la visita del conde Mensdorff-Pouilly, comisionado por Leopoldo para que discretamente animara al archiduque a pedir la mano de Carlota, ofreciéndole, por supuesto, la seguridad de que se la concedería. Maximiliano, que aún no resolvía a cuál princesa elegir, “temía particularmente que detrás de la buena disposición de la corte belga hubiese una jugada política del rey, conocido como astuto estadista y casamentero político”. Estas dudas y suposiciones fueron comunicadas a Leopoldo, quien, dejando el honor a un lado, decidió jugarse el todo por el todo, descartando las pretensiones de Pedro V de Portugal e informándole a Maximiliano que su hija quería casarse con él. Le escribió una carta personal, muy cuidada, pero en la que en el fondo le rogaba que aceptase. Después de esta súplica, Maximiliano accedió y, obtenido el imperial permiso de su hermano Francisco José, se iniciaron formalmente las negociaciones para celebrar el matrimonio.

Cuidando también las formas, y para no herir la susceptibilidad de Leopoldo, que se había rebajado a tal grado, Maximiliano le escribió a Carlota: “El consentimiento que me han otorgado asegura la felicidad de mi vida. Yo he suspirado por tal felicidad desde el primer momento que pude apreciar la alta calidad de alma y de corazón que la adornan”. No dijo nada de que la amara, ni lo diría tampoco después. Sus biógrafos, empeñados en convertir esta historia en una leyenda rosa, ante la falta de pruebas han tenido que conceder que Maximiliano no estaba enamorado pero, para salvar el halo romántico, aseguran que el archiduque halló “completamente increíble que la joven princesa poseyese en tan tierna edad tantos conocimientos y demostrase ser tan inteligente”, o bien, que quedaba cautivado por “la inteligencia precoz de la joven princesa”, argumentos

que poco valen si se toma en cuenta la opinión que sobre las mujeres en general tenía Maximiliano, ya comentada anteriormente. Los autores han pasado por alto la única carta en la que Maximiliano habló, en términos personales, acerca de Carlota; a su hermano Carlos Luis le participó sus reflexiones, que distan mucho de ser las de un enamorado: "Ella es pequeña y yo soy grande, como debe ser. Ella es morena y yo soy rubio, lo que igualmente está bien. Ella es muy inteligente, aunque con un poco de mal carácter, pero sin duda nos entenderemos finalmente". No sería así. En esta misma línea, Conte Corti, un poco más sereno, explica que se trataba "sin duda de un matrimonio de conveniencia dinástica; sin embargo, existía por ambas partes una simpatía tan grande que el matrimonio se convirtió en amor". Esto último tampoco fue cierto.

Fijado el compromiso, nada más faltaban las negociaciones, que se realizarían lentamente. Mientras tanto, Carlota, sin sospechar nada de los intereses que cada parte trataba de ganar, estaba exultante, sobre todo por los favorables comentarios que sus parientes le hacían por su próxima boda. Nadie se atrevió a incomodarla diciéndole la verdad. Leopoldo nunca le confesó que él forzó el matrimonio; Maximiliano no le diría jamás que su intención era obtener dinero. Todos estaban en el engaño, y sólo su hermano el príncipe Leopoldo, el heredero de la corona, se atrevió a consignar, en privado, la verdad. Luis Weckmann pudo leer el *Diario*, aún inédito, del futuro rey Leopoldo II, en el que escribió que el matrimonio de Maximiliano con Carlota "fue motivado en parte por interés pecuniario". Más que una leyenda rosa o romántica, esta historia hace recordar la vulgar realidad que festejan los versos castellanos: "La niña quería marido; el padre quería marqués; el marqués quería dinero; ya están contentos los tres".

* * *

El rey Leopoldo era uno de los hombres más acaudalados de su época, pero al mismo tiempo tenía fama de avaro. Maximiliano, en plenas negociaciones, llegó a llamarlo "tacaño". Negociar un matrimonio real implicaba mucho más de cuestiones financieras que de amor. En diciembre de 1856, Maximiliano regresó a Bruselas para tratar lo relativo a la dote de Carlota. Pronto se empantanaron las discusiones: el rey Leopoldo no quería dar a su hija nada más que su propia herencia, que ya disfrutaba, y la pensión que autorizara el parlamento belga. No quería ni contribuir al ajuar de Carlota. Maximiliano se exasperó. Después de varios días de inútiles enfrentamientos, se atrevió a enviar un escrito a Leopoldo, "concebido en términos muy moderados", según le explicó a Francisco José, en el que le hizo notar "lo necesario que es que los matrimonios de príncipes gocen de una posición adecuada y hacerle observar al mismo tiempo que, a mi vuelta, tenía que poner el asunto en conocimiento de Vuestra Majestad y que en Austria

no podía por menos de producir la peor impresión si se llegaba a conocer que el rey belga no consiente en contribuir de su propia bolsa en favor de su querida hija”. Maximiliano chantajeaba a Leopoldo; veladamente le anunciaba el rompimiento del compromiso, por causas imputables al dinero que no quería dar el padre de Carlota. El chantaje surtió efecto.

Pero Maximiliano no se conformaba con resolver favorablemente el asunto de la dote de Carlota. El dinero que para este fin diera Leopoldo, y la contratote que otorgaría Francisco José, no era susceptible de la apropiación de Maximiliano, en virtud de que la cantidad que se acordara por dote y contratote, según las Capitulaciones Matrimoniales que para ese efecto se firmaron, sería aplicada en inversiones hipotecarias sobre bienes pertenecientes a la familia de los Habsburgo y administrada como parte de los ingresos de la monarquía austriaca. Maximiliano y Carlota recibirían, aparte de las dos casas reinantes, sumas anuales iguales para sus gastos personales. La dote, la contratote y las anualidades no eran la solución a los problemas económicos de Maximiliano. Él quería más, y lo consiguió.

Sobre la base del chantaje que tuvo tan buen efecto, presionó al rey Leopoldo. Obtuvo la promesa de un regalo particular, que en un principio no pudo cuantificar, pero que creía suficiente para cubrir sus necesidades y compromisos. Según le explicó a Francisco José, le informaron “que el rey había decidido hacer algo; sin embargo, no quería decir todavía la suma y esta contribución no debía figurar en las capitulaciones matrimoniales. Me envanezco un poco de haber arrancado, por fin, al viejo tacaño algo de lo que le es más caro”. Este es el “moderado” lenguaje de Maximiliano, el futuro yerno de Leopoldo. El texto de esta carta deja ver clara y directamente las verdaderas intenciones de Maximiliano al casarse con Carlota. Los biógrafos de Maximiliano no se han detenido para examinar este texto, escrito de puño y letra por el archiduque. Nadie, nunca, intentó averiguar algo sobre este penoso asunto, que permaneció oculto, en el olvido, como la mancha que limpiar en la leyenda romántica de Maximiliano y Carlota. ¿Cuál fue la cantidad que dio Leopoldo fuera de las capitulaciones matrimoniales? Hoy podemos saberla ya, gracias a Luis Weckmann. Fue lo suficiente para pagar las obras de Miramar: tres millones de francos.

Como señalamos antes, el costo de la construcción de Miramar, para diciembre de 1858, ascendía a 900 mil florines. El tipo de cambio por aquel tiempo era, aproximadamente, de tres francos por un florín, así es que los tres millones de francos alcanzaron perfectamente para pagar las obras efectuadas hasta ese momento en el castillo. La fecha de diciembre de 1858 es muy importante en este análisis. La experta en la historia del castillo de Miramar, Rossella Fabiani, asegura que, en ese mes y año, Maximiliano ordenó al arquitecto Carlos Junker modificar el proyecto original, eliminando un piso, “por consideraciones arquitectónicas y por motivos económicos”. Es decir, porque se acabaron los tres millones de

francos y ya no tenía más dinero. A pesar de ello, Maximiliano hizo un buen negocio.

En el Archivo del Palacio Real de Bruselas se conserva uno de los dos ejemplares autógrafos de las capitulaciones matrimoniales de Maximiliano y Carlota, firmadas por los representantes del rey Leopoldo y del emperador Francisco José, el día primero de junio de 1857. Los compromisos que aceptaron los dos monarcas fueron los siguientes: Leopoldo se comprometió a otorgar una dote de 100 mil florines, previa autorización del parlamento belga. Esa suma sería recogida por la casa imperial de Austria, para aplicarla en inversiones hipotecarias, como ya se dijo. Además, el rey de los belgas proveería el ajuar de la "Serenísima Princesa", incluidas las joyas y las prendas de oro y plata de conformidad con su alta cuna. Por su parte, Francisco José otorgaría una contradote, también de 100 mil florines, que igualmente serían invertidos y administrados por la familia Habsburgo. El emperador de Austria y su hermano el archiduque Maximiliano darían a Carlota, por concepto de regalo de bodas, la cantidad de 30 mil florines, "después de la consumación del matrimonio". También, el emperador Francisco José concedió a Carlota la suma de 20 mil florines al año, "a título de alfileres", pagaderos mensualmente, y el rey Leopoldo, de la misma manera, daría igualmente 20 mil florines al año, en el entendido de que "estas dos sumas no deberán servir más que para los gastos de su guardarropa, limosnas y otros gastos de este género, ya que el mantenimiento de la casa y del servicio, en conformidad con su alto rango, quedará a cargo de su Augusto Esposo". Maximiliano tendría que trabajar para sostener su hogar.

Por último, también se acordó que los bienes, de cualquier naturaleza, que eran propiedad personal de Carlota antes de la celebración del matrimonio, quedarían fuera del patrimonio familiar y ella conservaría para sí, sin la intervención de su esposo, su disfrute y administración. Esta medida precautoria, incluida por el representante de Leopoldo, tenía la finalidad de que Maximiliano no dispusiera libremente de la fortuna personal de Carlota, que ya para entonces era considerable. Según se informó a Maximiliano, que eso sí, tenía derecho a conocer la situación financiera de su consorte según las propias capitulaciones, al momento de la boda Carlota tenía una fortuna personal, en efectivo, valores y propiedades, estimada en 2 millones 874 mil 460 francos, además de joyas valuadas en 535 mil 805 francos. La previsión de Leopoldo, que de seguro conocía ya la desaforada ambición de su nuevo yerno, resultó en parte inútil. En efecto, Maximiliano nunca pudo disponer de ese capital, propiedad de su esposa, pero después de la boda la convenció para que trasladara la administración de sus bienes a Austria y que la confiara a su hombre de confianza en asuntos financieros. De seguro, el nuevo administrador informaba con detalle a Maximiliano de las operaciones y crecimiento de la fortuna de su mujer. Carlota, enamorada, accedió a la petición de su marido.

Finalmente, se casaron el 27 de julio de 1857, en Bruselas. Fue desde el primer día un matrimonio desavenido: Carlota se casó por amor, Maximiliano por interés. No tenían nada en común; necesitaban algo que los uniera, quizá un hijo, quizá un imperio; fracasaron en ambos intentos y el destino les cobraría la cuenta: a una por ciega y al otro por ambicioso.

* * *

Menos de dos años duró la supuesta felicidad matrimonial. Al haber fracasado como gobernador del reino Lombardo Véneto, y al tener que regresar a Austria con el remordimiento de conciencia por las derrotas de Magenta y Solferino, que expulsaron a los asustriacos del norte de Italia, Maximiliano y Carlota se fueron a estrenar el castillo de Miramar, que aún estaba en obras. Incómodo, padeciendo las molestias que causan los albañiles y operarios, temiendo además el frío del invierno que se avecinaba, y sobre todo amargado por su situación en Austria, Maximiliano, fiel a su forma de ser, decidió huir de nuevo. A fines de 1859, Maximiliano y Carlota zarpan de Miramar con rumbo al Mediterráneo.

Visitaron la península de Istria y luego la costa dálmata; enseguida, ya en el Mediterráneo, enfilaron con rumbo a España. Atracaron en Málaga y en Algeciras, y también visitaron Gibraltar. Después, Maximiliano dio la orden de poner proa a occidente y cruzaron, por el estrecho, las columnas de Hércules de los antiguos, adentrándose en el océano Atlántico. Pronto avistaron las playas de las islas Madeira. Un triste y agobiado Maximiliano anotó en su *Diario*: “Fiel a mi palabra, vengo a buscar en la olas del océano un descanso que la Europa vacilante ya no puede dar a mi alma agitada. Sin embargo, una melancolía profunda se apodera de mi cuando comparo ambas épocas: hace siete años que yo despertaba para la vida y caminaba alegremente hacia el porvenir; hoy, al ver de nuevo estas riberas, me siento con una laxitud increíble: mis hombros ya no están libres y ligeros, tienen que llevar la carga de un amargo pasado”. A partir de este momento, el humor le cambió por completo; se abatió, se ensombreció. Carlota no sabía lo que estaba pasando. Pronto lo averiguaría.

En Funchal, Maximiliano llevó a Carlota a pasear. En su *Diario* fue explícito: entre otros lugares la hizo visitar la tumba de María Amelia, en donde permaneció “largo tiempo abismado en pensamientos de tristeza y de duelo”. Sin ningún recato, le habló seguramente del “ángel puro de luz” que había sido María Amelia, y que ella iba a ser la “tranquila felicidad” de su vida. ¿Le enseñaría a Carlota el anillo que usaba “diariamente, con el cabello de la bienaventurada Amelia”? Aquí cabe la suposición de que Carlota, sorprendida y ofendida, se molestó terriblemente por la falta total de decoro, de tacto, de caballerosidad y de amor de Maximiliano. Quizá entonces Carlota comprendió la verdad.

Es imposible saber que pensó en esos momentos. Como lo explica José Iturriaga, “en asuntos íntimos Carlota era una profunda introvertida: Quizá se debió a la índole de sus problemas conyugales. No le conocemos ninguna carta de amor, ni menos de reproche a su pareja. Su aristocrática educación le impidió perder la compostura, cuando menos por escrito”. Es probable que haya una excepción, pero que nadie ha visto: la correspondencia entre Carlota y su padre, el rey Leopoldo. Se trata de 346 piezas, que cubren el periodo 1849-1864. Ni siquiera Luis Weckmann, que tuvo acceso a los Archivos del Palacio Real en Bruselas, pudo llegar a ellos. Weckmann narra que “este es el único expediente de los archivos personales de Carlota al que... no tuvo acceso irrestricto”. Dadas las facilidades recientes para obtener documentación del Archivo de la Emperatriz Carlota, custodiado precisamente en el Palacio Real de Bélgica, se hicieron múltiples solicitudes para efecto de esta obra. Se obtuvo apoyo en todo lo que no fuera relacionado con ese fondo tan especial. Cuando se insistió en la necesidad de consultarlo, la respuesta fue el silencio. Quizá allí esté la clave para éste y muchos otros misterios acerca de Maximiliano y de Carlota.

En Madeira, el rompimiento fue completo y total. Pretextando una indisposición de Carlota, con la “excusa para aquellos que la rodean de que se siente enferma”, Maximiliano la dejó en Funchal y se fue a Brasil. Solamente la condesa Reinach Foussemagne, convertida en “biógrafa oficial” de Carlota, pudo entrever que había algo inexplicable en esa “enigmática separación”; porque el biógrafo “oficioso” del archiduque, Conte Corti, que no se atrevió a hurgar en este drama conyugal, románticamente dice que Maximiliano “dejó a su mujer, a la que asustaba un viaje demasiado largo, en la maravillosa isla de flores de Madeira”. ¿Isla “maravillosa”? A Carlota le debe haber parecido de pésimo gusto, una verdadera afrenta que Maximiliano la dejara tres meses allí, junto a la tumba de su gran amor. A su vez, el archiduque, al llegar frente a las costas de Bahía, confió a su *Diario* su impresión del momento: “Mi alma se sentía inundada de alegría y de entusiasmo”. Es lógico; se libró de su mujer. Ella, por su parte, se quedó a esperar que regresara. Fue lo suficientemente discreta —y orgullosa— para no confesar que había sido abandonada.

Cuando regresaron a Miramar, en abril de 1860, la relación conyugal estaba destruida. Seguirían aparentando, fingiendo, pero quienes los conocían sabían perfectamente que Maximiliano y Carlota no se toleraban. Ellos mismos les dieron pistas suficientes para que se supiera su fracaso matrimonial: Maximiliano se apuró a convertir su *Diario* en un libro. Lo publicó en 1862 bajo el título de *Recuerdos de mi vida*, imprimiendo en Viena una cincuentena de ejemplares, que regaló a los miembros de su familia, a varios príncipes y princesas de las cortes extranjeras que eran sus parientes, y a sus amigos íntimos. A pesar de que narra todos los sucesos de su existencia hasta 1860, ni una sola vez menciona el nom-

bre de Carlota ni hace jamás ninguna referencia a ella. Carlota se desquitó de la misma manera. Al año siguiente, en 1863, publicó su propio libro, llamado *Un invierno en Madeira, 1859-1860*, en edición fuera de comercio. Tampoco ella ni una sola vez menciona el nombre de Maximiliano ni hace jamás ninguna referencia a él. Sin embargo, continuaron juntos y Carlota lo siguió amando. A pesar de todo, en sus cartas y notas que le escribía, lo llamaba “mi bien amado tesoro” o “mi bien amado Max”. Esto a él ya no le importó.

* * *

Maximiliano y Carlota intentaban llevar una vida de retiro, cada uno con sus propias penas y dolores. Él, por su fracaso en Italia; ella, por el fracaso de su marido, como gobernante y como esposo. A partir de entonces, dice José Iturriaga, “empezó a menguar la admiración de Carlota por él y asimismo su amor, verdadero o ilusorio”. Pero mientras tanto, los dos fingían. Carlota trataba de disimular la situación y explicaba: “Vivimos una vida tranquila y tratamos de hacernos olvidar... Ha hecho tanto la Providencia por nosotros que, aún retirándonos algunos de sus dones, nos ha dejado bastante para ser felices de otra manera y probablemente más durable”, pero no era sincera. En otra carta dejó escapar su decepción; dijo que no gozaba “de la vida que había previsto”. Carlota pasaba los días leyendo, pintando, bordando, tocando música, “recogiendo de los árboles las naranjas, los limones, los higos”. Maximiliano, por su parte, hacía más o menos lo mismo: tocaba el órgano, vigilaba el avance de las obras y pasaba el tiempo estudiando todo lo que podía acerca de aeronáutica.

Esa era la vida que le gustaba a Maximiliano: cómoda, sin responsabilidades, dedicado nada más a soñar, a leer, a imaginar mil y una aventuras, sin importarle las deudas o la mirada de tristeza de Carlota. Los criados eran testigos de la infelicidad de la pareja. Los veían pasear juntos por los jardines, comer juntos, pero todos sabían que sus noches eran solitarias. Carlota se aburría terriblemente, pero Maximiliano no; para distraerse, de vez en cuando se escapaba a Viena. De sus aventuras galantes se llegó a enterar Carlota, pero ella nada dijo. Simplemente soportó en silencio la afrenta. Con su orgullo herido sólo tuvo un pequeño desliz en su estricta discreción. A una amiga de Bélgica, en confianza, le dijo que “prefería una vida plena y activa, con deberes y responsabilidades, e incluso dificultades, a una existencia ociosa contemplando el mar desde la altura de un peñasco, hasta los setenta años”. Ya estaba harta de Miramar, del “pequeño paraíso” de su esposo, donde no pasaba nada.

* * *

Pero las dificultades conyugales eran nada si se les compara con el verdadero y grave problema de la falta de sucesión de Maximiliano y Carlota. Cuando llega-

ron a México, en 1864, tenían ya siete años de casados y no tenían hijos. Quizá en lo íntimo estaban convencidos de que no los tendrían pero, conscientes de que el imperio requería, para perpetuarse, de una dinastía, desde el primer momento se interesaron en resolver el problema de la sucesión. La fundación de un imperio implicaba asegurar su supervivencia, y ésta sólo se da mediante el traspaso legítimo de la Corona al sucesor a la muerte del emperador, y así hasta el infinito. Papel preponderante juegan en las monarquías los príncipes herederos, que más que decorativas figuras infantiles, representan la seguridad de que el régimen perdurará. Por ello, parte principalísima de la política de Estado en los países monárquicos, lo es la designación del heredero, que es más saludable cuando se trata de un hijo del monarca en turno; cuando no los hay, se corre el riesgo de que las naciones sean víctimas de las ambiciones de los pretendientes que se sienten con derecho, lo cual casi siempre conduce a la guerra civil. El Imperio mexicano, que ya tenía un emperador y una emperatriz, no tenía, ni tuvo nunca, un príncipe heredero.

Los creadores del imperio estaban preocupados por este espinoso asunto; la pareja imperial era perfecta, salvo en un detalle: no tenían hijos. Maximiliano se comprometió, ante la comisión mexicana que le ofreció la corona, a "designar mi heredero en el plazo de tres años, en caso de que en ese tiempo no tuviera hijos". Si bien el propio Maximiliano le aseguró a Alfonso Dano, el embajador francés en México que "la emperatriz y yo somos demasiado jóvenes todavía para renunciar a tener hijos", como él mismo confesó cuando hablaba del asunto: "hay que prever todo". Y muy previsoramente, desde Miramar, cuando aún no aceptaba en definitiva venir a México, ideó la primera solución a tan grave problema. Debe decirse, por cierto, que todas las soluciones intentadas, que fueron varias, indican que probablemente Maximiliano y Carlota sabían que no podían tener hijos. ¿Producto de alguna enfermedad infantil de él? ¿Sería cierto que Carlota, herida por las infidelidades de su marido, le negó el acceso a su lecho? Esta última hipótesis, muy manejada por los biógrafos de Maximiliano, debe descartarse: las infidelidades entre los monarcas son cosa común, y las reinas o emperatrices anteponen siempre la razón de estado sobre sus sentimientos personales. Una o varias infidelidades de Maximiliano no son razón de peso para que Carlota, políticamente más sagaz que su esposo, no comprendiera la necesidad del heredero. Es más, siendo Carlota la verdadera y decisiva razón por la cual Maximiliano aceptó la Corona, ella misma sería la más interesada en procrear un heredero.

A finales de 1863, Maximiliano le propuso a su hermano Francisco José la idea de crear un vasto imperio Habsburgo en América; él sería emperador de México, y su hermano menor, Luis Víctor, podría casarse con alguna de las dos hijas del emperador del Brasil, que no tenía heredero varón. Podrían después, con el tiempo, los dos gobernar esos enormes imperios, y anexionarse y repartirse

a los países que se encontraban en medio de ellos, para unir sus fronteras: Centro América sería para México, y Brasil podría extenderse hacia el norte, hasta Panamá. Los dos imperios se apoyarían mutuamente para consolidarse. El plan tenía también otra intención; Maximiliano podría nombrar como su heredero a Luis Víctor, en el caso de que éste no fuera el heredero del emperador del Brasil. El plan fracasó, por la obstinación de Luis Víctor a contraer matrimonio. Resultaría que el hermano menor de Maximiliano era un homosexual confeso.

Al poco tiempo de llegar a México, Maximiliano emprendió una gira por el interior del país. A fines de agosto de 1864 estaba en Querétaro. En plena euforia indigenista, recibiendo a las delegaciones de indios, dejando que lo llamaran su “padre solícito”, y convencido de que ahora él estaba ocupando el “trono de Moctezuma” y de que ceñía su corona, imaginándose heredero de las glorias aztecas, pensando que sus nuevos súbditos indios eran una “mezcla exótica de buen salvaje y guerrero águila”, Maximiliano tuvo una ocurrencia que sólo puede calificarse de romántica: de un pueblo vecino le trajeron un “indito recién nacido”, seguramente otomí, a quien el emperador, conmovido, recogió y adoptó, ordenando que lo cuidaran como si fuera su hijo, a quien reconocía como “príncipe imperial” y heredero a la Corona. Un periódico de la época, *La Sociedad*, recogió el hecho sin precedente: al niño lo bautizaron “poniéndole los nombres de Fernando Maximiliano Carlos María José; hubo *Te-Deum* a toda orquesta, repique general y multitud de agasajos al chico”. Por supuesto, todo esto lo hizo sin consultar a Carlota; existe la correspondencia entre los dos con motivo de este viaje; cuando llegó a Querétaro le envió un único telegrama durante toda su estancia en la ciudad que decía: “Acabamos de llegar sin novedad... La posición de la ciudad es magnífica. Pasaré aquí dos o tres días”. Ni una palabra le dijo Maximiliano sobre el niño; ni un reproche de Carlota, que debió enterarse sin duda alguna. La razón es simple: el pobre “príncipe imperial” Fernando Maximiliano Carlos María José murió a los dos días.

Todos los biógrafos de Maximiliano, todos los historiadores del Segundo Imperio Mexicano, y en general todos aquellos que se ocupan del tema dan por descontado que Maximiliano designó como sus sucesores “a los descendientes del desgraciado emperador Iturbide”, como señala Conte Corti. Hoy sabemos que no fue así, que las intenciones ocultas de Maximiliano y de Carlota eran otras muy distintas. Para septiembre de 1865, el emperador de México llegó a un acuerdo con la familia Iturbide, en el cual se asentaba que, en el caso de que “la emperatriz no tuviese hijos”, adoptaba como “príncipe heredero al nieto más joven de Iturbide”, llamado Agustín de Iturbide y Green, de tan sólo dos años de edad. De paso, los Iturbide aprovecharon la ocasión para “fortalecer social y económicamente su posición”. Firmaron un convenio secreto con Maximiliano; éste les otorgaba el título de príncipe a doña Josefa de Iturbide, y a los niños Salvador, de

14 años, y Agustín, el pequeño. Sólo ellos tres podrían permanecer en el territorio del Imperio; el resto de la familia debía irse, pero recibió del emperador 150 mil pesos. El príncipe Salvador fue enviado a estudiar a París, donde debían vigilarlo para que no se convirtiera en un "elemento perturbador"; el príncipe Agustín se quedaría en la Corte, bajo los cuidados de su tía Josefa.

Todos los Iturbide estaban de acuerdo con el convenio, que los beneficiaba económicamente. Sólo se opuso una de ellos, Alicia Green, la madre del príncipe Agustín. A pesar de que su esposo Ángel Iturbide aceptó ceder a su hijo, Alicia se enfrentó al emperador; le suplicó que al menos se lo dejase hasta los cinco años de edad, pero Maximiliano no cedió; al contrario, exigió que se fuera del país. Alicia, obligada por su esposo y sus parientes, tuvo que abandonar México a la fuerza; desde el extranjero seguiría escribiendo a Maximiliano pidiendo la devolución de su hijo. El emperador de México, cada vez que llegaba una carta de Alicia, decía que esa mujer estaba "medio loca". Para el 20 de octubre de 1866, ya derrumbándose el Imperio y enterado de que la loca era Carlota, Maximiliano autorizó la devolución del niño Agustín de Iturbide y Green a su madre.

¿Cuál es el verdadero fondo de este asunto? Definitivamente no era el heredar la corona de México a los descendientes de Iturbide; este fue solo un golpe publicitario, diríamos hoy. Carlota le explicó parte de la verdad a su abuela, la reina María Amelia. Además de quejarse de que el pequeño príncipe Agustín estaba "no muy bien educado hasta el momento", y de que los demás familiares de Iturbide "contrajeron en Estados Unidos el hábito de jugar y beber", la emperatriz de México le aclaró que Agustín no era su heredero, aunque "en ello se ha visto toda clase de pronósticos para la sucesión". Se trató, según ella, de un acto de justicia "de parte de un emperador en el trono el acoger bajo su protección a los descendientes de un emperador destronado que no era de sangre real". Esta es la clave del misterioso asunto: los Iturbide no eran de "sangre real"; Maximiliano, celoso de su casta y de su origen, creyente fervoroso del designio divino que tienen las familias reinantes para gobernar, como los Habsburgo y los Coburgo, no pensó nunca en heredar su corona a los Iturbide, que no tenían la misma calidad que él.

La verdad se la confesó a Alfonso Dano, cuando el diplomático francés lo fue a interrogar sobre "la enojosa impresión producida por una medida tan inoportuna y tan pueril como lo es la semi adopción del nieto del Libertador Iturbide". Maximiliano le explicó que todo era una charada, una puesta en escena para que cayera en ella su hermano el archiduque Carlos Luis, que para ese momento ya tenía dos hijos: Francisco Fernando, de dos años y Otón Francisco, recién nacido. Maximiliano dijo textualmente que si él y Carlota no tenían hijos, "mi intención es designar como mi sucesor a uno de los hijos de mi hermano, el archiduque Carlos". ¿Qué tienen que ver los Iturbide en todo esto? Al parecer, Carlos Luis

no quería aceptar el ofrecimiento de Maximiliano y el emperador de México sabía la razón: “Para el archiduque Carlos, que es devoto y retrógrado, yo soy, como para toda la corte de Viena, una especie de Anticristo”. Entonces, para convencerlo, para que accediera a ceder uno de sus hijos a Maximiliano, puesto que Carlota estaba dispuesta a ir a Europa por él, para tenerlo consigo “a fin de educarlo y formarlo ella misma y así poder moldearlo a su propio carácter”, entre los dos inventaron esta parodia de heredero que fue el pequeño Agustín de Iturbide y Green.

Según decía Maximiliano, “mi hermano es muy ambicioso, muy interesado, y hago del joven Iturbide un espantajo para él. Se le hará comprender que si me niega a su hijo, el príncipe Agustín podría ser no solamente llamado a la Corona de México, sino que además tendría toda mi fortuna personal que es *formidable* y la de la emperatriz, que no lo es menos”. El medio para hacer llegar estas noticias a Carlos Luís, lo era el embajador austriaco, frente a quien dijo con toda desvergüenza Maximiliano, “he fingido querer mucho al pequeño Iturbide a fin de que escriba a Viena cuánto quiero a ese niño”.

Esta es la triste verdad de esta farsa, en la que participaron un emperador sin sucesor, una emperatriz ansiosa de tener un príncipe a quien educar, la codicia de los Iturbide, el dolor de una madre y la inocencia de un niño, todos en medio de una mascarada ideada por el soñador Maximiliano y por la ambiciosa Carlota. El Imperio mexicano se quedaría sin heredero; de cualquier forma, no habría nada que heredarle.

* * *

Los mexicanos cercanos a Maximiliano y Carlota, como José Luis Blasio, se dieron cuenta de que “algo existía entre los dos esposos”. Era sabido que Maximiliano dormía en una habitación separada de la de su esposa, que cuando viajaban y los anfitriones les ofrecían una lujosa cama, el emperador ordenaba preparar su catre de campaña en otro lugar. Fue también notorio el interés de Maximiliano por abandonar frecuentemente la capital de su imperio, y dejar allí a su mujer. Parecía que quería escapar de ella. La sociedad mexicana conjeturó mucho respecto a la evidente separación de los monarcas. Se atribuyó a una “desavenencia producida por razones de Estado”, o bien por las infidelidades del emperador, llegándose al extremo de que algunos afirmaran que se debía a un “defecto orgánico del soberano”, o quizá a que “era impotente y por eso había aceptado por heredero al príncipe Agustín de Iturbide”. Otras personas, sin duda más mundanas y conocedoras de los estragos que causan la tentación de la carne, concluyeron que los emperadores no tenían relaciones íntimas debido a que probablemente Maximiliano tenía sífilis, contraída en alguno de sus muchos y exóticos viajes. Hubo quien, poniéndose del lado de Carlota, aseguró que si algún desliz de

Maximiliano pudo llegar “a oídos de su esposa, indudablemente que ésta, herida en su orgullo de mujer, y de mujer hermosa, había rehusado hacer vida marital con él, sólo que por su mutua conveniencia, ante el mundo aparentaban vivir en la mejor armonía”.

Sin embargo, Blasio, con lucidez, destruye todas las hipótesis, al tocar el fondo de la cuestión. Ninguna de ellas era válida cuando, “por interés de ambos, al intentar fundar una monarquía en México, estaba también el de fundar una dinastía”. La realidad es que, por el motivo que fuese, ni tenían hijos ni tenían tampoco vida marital. Al menos no en México, donde la servidumbre observaba y luego corría la voz. Algún problema, grave lo impedía. Pueden aventurarse muchas hipótesis, desde el desamor de Maximiliano que, enamorado de otra, una difunta, despreciaba a su esposa, pasando por el rencor que le pudo haber tenido al obligarlo a venir a México, lo que lo hacía huir de ella, hasta el extremo insinuado por Conte Corti, y por algunos informes, respecto de la homosexualidad de Maximiliano o sobre su carácter libertino, que pudiera interpretarse como bisexualidad. Quizá la respuesta, como a muchas otras interrogantes, pueda estar en la nutrida correspondencia de Carlota con su padre, el rey Leopoldo, restringida todavía.

Sin embargo, a despecho de todas las teorías, pareciera que Carlota lo siguió amando. Mientras Maximiliano la abandonaba para viajar por México, Carlota lo extrañaba; así se lo contó a su “abuelita”, la reina María Amelia: “ya me urge que Max regrese porque, para mí, es mejor verlo que gobernar”. Quizá a su abuela le ocultaba parte de la verdad, como cuando le decía que “Max y yo, por lo demás, estamos unidos en política como en cualquier otra cosa, que no puede existir el temor de que algo nos separe”. Pero si lo amaba, lo hacía posesivamente, a grado tal que no es posible distinguir si amaba al hombre o al emperador, o bien si amaba al hombre porque es emperador y ello la volvía emperatriz y le permitía ejercer el poder, que tanto amaba también. Una carta que Carlota le envió a Maximiliano, mientras éste recorría el Bajío, es muy significativa: “Cuando escucho el relato de vuestro viaje y de todo lo que tenéis que soportar, me quedo tan loca de admiración que os considero más como un ángel que como un ser humano... Tengo celos de todo el bien que hacéis sin mí, tengo celos de vuestros propios pensamientos”. ¿Celosa de lo que era Maximiliano? ¿Celosa del emperador o del hombre? ¿Quizá la del problema sexual era ella? Vale la pena, para no descartar cualquier indicio, consignar la hipótesis que aventura José Fuentes Mares, quien califica a Carlota como “una mujer sin sexo”, porque ella fue en realidad “el varón sin las debilidades del hombre... Mujeres como ella desprecian al varón por el hecho de serlo: dos sedes insaciables, la ambición y la venganza, cubren en ellas los huecos que en otras llena el amor. A un paso del lesbianismo, se mantienen mentalmente vírgenes, impenetrables, vengadoras”.

Parte de esta actitud "vengadora" pudieran serlo las infidelidades que se atribuyen a Carlota. Se le ha relacionado con tres hombres, dos de ellos mexicanos: el coronel Feliciano Rodríguez, caballerizo del emperador, y el coronel Miguel López, comandante del Regimiento de Dragones de la Emperatriz, "compadre" del emperador y actor principal en la caída de Querétaro, en 1867. El otro, de quien se dice que es el padre del hijo que Carlota pudo tener y dar a luz a principios de 1867 en Miramar, es el teniente coronel Alfred Van der Smissen, comandante de la legión belga en México. Se ha dicho que ese hijo fue el después famoso general francés Máximo Weygand, quien curiosamente ignoraba la identidad de sus padres. André Castelot cuenta una anécdota en la que intervino el general Charles de Gaulle, cuando fue interpelado por alguien que le dijo: "la campaña de México no aportó nada a Francia", a lo que de Gaulle respondió: "Perdón, ¿nos aportó a Weygand!". El único hecho cierto es que el parecido entre Van der Smissen y Weygand es "alucinante", como dice Castelot y como puede apreciarse en las fotografías de ambos. Pero nada prueba que sea hijo de Carlota.

El drama conyugal entre Maximiliano y Carlota ha permanecido indescifrable por décadas. Sin embargo, hay una nueva luz sobre este misterio. Entre la correspondencia del rey Leopoldo II de Bélgica, que la actual monarquía belga ha permitido publicar, aparece una interesante carta dirigida a ese rey por su esposa, la reina María Enriqueta, quien tuvo la misión, después de la muerte de Maximiliano, de ir por Carlota que enloquecida, estaba de hecho encerrada en el castillo de Miramar. La reina de Bélgica narró a su marido que una de las damas de compañía de Carlota, la esposa del tesorero Kuhacsevich, —que la acompañó a París, a Miramar, a Roma y de regreso, ya demente, a Miramar—, era la única mujer a la que Carlota "le hablaba abiertamente". La reina María Enriqueta logró que esa dama, a la que llama "la Kuhaes", le contara algunos aspectos de la vida íntima de Carlota, que se supone ella conocía bien por haberlos escuchado de la propia boca de la emperatriz de México.

Las noticias que da esta carta son sensacionales. Por ella nos enteramos que, efectivamente, "uno de los chambelanes le hacía la corte a la emperatriz, pero la "Kuhaes" cree que Carlota no compartía los sentimientos de ese señor". Quizá se refiera a Feliciano Rodríguez, quien tenía un cargo en la Corte imperial. Por otra parte, la "Kuhaes" decía que Carlota era una mujer "muy desdichada", porque "las relaciones que tenía con el emperador no eran en absoluto las de una mujer con su marido. Ella le servía de consejero en cuestiones políticas, y sobre todo de secretaria. En la intimidad, él era más que indiferente hacia ella, y la hería a menudo por su falta de consideración". Esto confirma las palabras de la propia Carlota a su "abuelita" en el sentido de que ambos estaban "unidos en política", pero no como ella quería aparentarlo, en "cualquier otra cosa". Confirma también la hipótesis del desprecio que Maximiliano sentía hacia su esposa.

Pero lo más revelador de las confidencias que la “Kuhaes” hizo a la reina de Bélgica, es el papel que en el drama conyugal pudo haber representado el gran amigo de Maximiliano, el conde Carlos Bombelles, su compañero inseparable, el que anduvo con él en todos sus viajes, el que lo siguió a Brasil cuando Maximiliano abandonó a Carlota a Madeira, el que vino con él a México y el que acompañó a Carlota a París por órdenes expresas de su esposo. Además, el conde Bombelles era su celador en Miramar, cuando se desató la locura. ¿Qué tipo de amistad tenían Maximiliano y Bombelles? La reina María Enriqueta contó a su esposo, el rey Leopoldo II, que Carlota “tenía un terror increíble a su marido y al conde, mucho antes de haber presentado el menor signo de locura”. ¿Qué sabía Carlota de las relaciones de ambos? ¿Qué le hacían ellos a Carlota? ¿Por qué les tenía “terror”? La interrogante queda abierta; algún día se sabrá la respuesta.

¿Qué la volvió loca? ¿Cuál de estas tres frustraciones primordiales la afectó: el fracaso de su imperio, el fracaso de su amor o el fracaso de su maternidad nunca lograda? Quizá todas a la vez, pero acaso también algo diferente: la pudo volver loca Maximiliano, su propio esposo. La reina María Enriqueta logró hablar con la alterada Carlota. Ella, la emperatriz de México, la abrazaba mientras lloraba, y le decía entre balbuceos: “¡Tengo tanto miedo! Dime, ¿van a venir para amarrarme los pies y las manos? Y después... Júrame que nadie vendrá, que no me pasará nada, que no me amarrarán a la cama como un día.” ¿Que quiso decir? ¿A qué se refería?

* * *

Como se ve, la imagen histórica de Maximiliano, su vida pública y la privada, todavía ofrecen muchas sorpresas. Cuando doña Josefina Zoraida Vázquez me hizo el favor de leer el texto entero de mi libro, me dijo que sería un duro golpe a la imagen idílica que muchas mexicanas tienen todavía del emperador de México. Ni modo; creo que es preferible hacerle un servicio a la historia y presentar a este personaje tal y como fue: un perverso.